

FÁBULA DEL PERRO QUE QUERÍA DIRIGIR EL CORO¹

Fable of the dog that wanted to direct the choir

Patricio Jeria
UCINF. Chile

Resumen: Las extravagantes anécdotas sobre los dichos y hechos de Diógenes de Sínope son un punto de partida para plantear una disyuntiva atemporal: la tensión entre una postura ético-filosófica y la sociedad en la cual surge y se concreta como praxis; además, invitan a replantear el rol y la definición de la práctica filosófica misma. También, nos parece pertinente confrontar el problema del lugar que ocupa dentro del campo filosófico la figura de Diógenes. Finalmente, se intenta una aproximación al rol contemporáneo del cinismo desde la crítica de la ideología

Palabras claves: Cinismo, Filosofía antigua, Ética, Ideología

Abstract: The extravagant anecdotes of the sayings and facts of Diogenes of Sinope are the starting point to set a temporal disjunction: the tension between an ethico-philosophical stance and the society where it springs and acquires reality as praxis. Besides they invite us to rethink the role and definition of philosophical practice itself. It is also pertinent for us to address the problem of the place which Diogenes occupies in the philosophical field. Finally, the author attempts an approximation to the contemporary role of cynicism from the criticism to ideology.

Key words: Cynicism, Ancient Philosophy, Ethics, Ideology

Recibido: 22.11.07 – **Aceptado:** 19.03.08

Correspondencia: pjeria73@hotmail.com Licenciado en Filosofía, Diplomado en Estudios Griegos Universidad. de Chile, egresado Magíster en Estudios Clásicos UMCE, profesor de la UCINF, Departamento de Artes Escénicas. Teléfono: 7 929 33330.

¹ Para mi hijo Unay Teseo, que nació naturaleza, y, poco a poco, se va volviendo *nomos*. Quieran los dioses, que nunca pierda el sentido del humor y la capacidad de reírse de todo y con todos.

Patricio Jeria S.: Fábula del perro que quería dirigir el coro

“¿Contra qué surge la risa? Contra la seriedad del discurso. La vida es posible sólo merced a ese estallido que hace añicos lo que toca—y en especial todo aquello que finge, a fuerza de seriedad, ser verdadero”

Héctor Subirats

“Decía [Diógenes] que imitaba a los directores de un coro: que también ellos dan la nota más alta para que el resto capte el tono adecuado”

Diógenes Laercio, VI, 35

I El Perro y las preguntas

Siglo IV a. C., Atenas del Ática, un hombre haraposo y barbón arrastra una gran tinaja donde duerme, la lleva de un lado a otro del ágora; mientras todos corren ocupados o dialogan ‘sobre las cosas de arriba’, él se rasca la panza o se revuelca por la arena hirviente. De vez en vez, interrumpe a los oradores de la plaza y a los filósofos de profesión; en más de una ocasión lo han aporreado por mequetrefe. Se dice que entra al teatro dando codazos cuando la función ya ha terminado, también se rumorea que fue falsificador de monedas y esclavo de un terrateniente. Lo llaman ‘perro’ y, a veces, come carne cruda. Algunos lo escuchan con atención y cuentan que hasta el Gran Alejandro lo visitó una vez. Diógenes no tiene ocupación productiva, mendiga para comer, no tiene familia, no va a la asamblea, no le interesan los banquetes ni los lujos, no es un ciudadano. ¿Nadie lo tomaría en serio?

Diógenes de Sínope, el Perro, plantea una disyuntiva que refleja la tensión entre una postura ético-intelectual y su concreción en praxis cotidiana: ¿Hasta qué punto es razonable elevar el tono de la denuncia? ¿Cuáles son los límites de un ideal de vida filosófica? ¿Qué sostiene a cualquier orden social? ¿Qué nos hace realmente libres? ¿Se puede vivir al margen de la comunidad sin deshumanizarse por completo? Este escrito quiere indagar en las posibilidades de actualizar la lectura de la performance cínica de Diógenes, a fin de constatar si es posible aún rescatar la frescura y la desfachatez perruna².

² Este texto es el vago reflejo de una ponencia que leí durante el desarrollo del XII Encuentro Nacional de Estudios Clásicos, que se desarrolló en la Universidad de Concepción en octubre del 2007. Mi idea por ese entonces, era lograr una exposición que prescindiera de la lectura; por ello sólo elaboré algunas citas y apuntes básicos que ojeaba mientras hablaba. El resultado me pareció satisfactorio, pero al momento de ‘transcribir’ la ponencia me topé con la necesidad, ineludible, de ‘reescribirla’; en consecuencia, el texto resultante perdió mucha frescura y agilidad, perdió alusiones a canciones y poemas y, sobre todo, ganó cierta tiesura de estilo. Valgan mis disculpas, si eso es suficiente.

II El Perro, la ciudad y el teatro

Cuando le preguntaron a Diógenes de Sínope por qué entraba al teatro cuando la función había terminado y, peor aún, dando codazos a los que salían, respondió: “*Eso es lo que trato de hacer toda mi vida*”³. En ese gesto y en esa imagen puede resumirse la lógica vital de Diógenes; la voluntad de vivir a contrapelo es resultado de la comprensión de que la desgracia y la infelicidad humanas provienen de no conocer y, por ende, no practicar el acostumbamiento a los bienes naturales y el placer moderado. ¿Pero por qué el teatro? Porque el escenario de Dioniso es el campo dónde se despliegan los valores de la *polis*; es en ese espacio sagrado donde, precisamente, la vida humana y ciudadana adquieren sentido. En el teatro, la ciudad se muestra y se reafirma mediante un artificio estético-imaginario; Diógenes no sólo llega tarde a la función, como el despistado del chiste, sino que, sobre todo, entra a la fuerza y empujando: al hacerlo está desafiando a la ciudad, está rechazando los elementos sociales fundantes de la cultura ciudadana y democrática de la Grecia clásica. Piensa el cínico que la *polis* y el *nomos* son los opuestos de la *physis*; nos hemos acostumbrado a conocer, en una pobre traducción, esta problemática como la oposición Naturaleza-Cultura. Esta dicotomía no es una invención cínica, está presente desde los primeros fragmentos presocráticos, la evolución semántica y los desplazamientos de sentido de ambos conceptos podrían ocupar, como lo han hecho, tesis doctorales; lo importante es percibir que Diógenes hereda, de la matriz cultural griega, una oposición que él radicaliza: la forma de liberarse de engaño y del artificio cultural es volver a la naturaleza y es, justamente, en el animal dónde Diógenes quiere encontrar la Naturaleza. La forma de combatir la vida degenerada de la ciudad sería imitar a los animales, entre ellos en especial al perro⁴.

Desde lo anterior podemos volver al teatro, porque es evidente que Diógenes es un filósofo-histrión: su praxis filosófica pasa por el espectáculo, hace de su cuerpo una herramienta pedagógica y, sobre todo, convierte su vida toda en un despliegue doctrinal. Según esto, el cometido final de la filosofía no es otro que la praxis auto formativa y liberadora, esculpirse a sí mismo

³ Los dichos y anécdotas de Diógenes, fueron recogidas y, más o menos, reelaboradas, del libro VI del *Vidas de los Filósofos Ilustres* de Diógenes Laercio, traducido por Carlos García Gual; cuando se consideró necesario se contrastó la traducción con el texto griego.

⁴ Sobre la valoración oscilante, entre positiva y negativa, del progreso técnico y moral, y su oposición con la naturaleza, cfr. R. Mondolfo, *La Comprensión del Sujeto Humano en la Cultura Antigua*, Imán, Bs. Aires, s.f., cuarta parte, cap. III.

Patricio Jeria S.: Fábula del perro que quería dirigir el coro

mediante la ascesis, ésa es, la labor más digna del cínico; así, la filosofía es formación del carácter más que acumulación de conocimientos. La autosuficiencia, como meta del cínico, pasa por el enfrentamiento, el desprecio y, cuando no hay otra opción, la aceptación del sufrimiento; pero todo esto, no tendría sentido si no fuera puesto a la propia vista y a la de otros: los *erga* del hombre libre son su carta de presentación. Como el perro, Diógenes no oculta nada y todo lo hace en público, tanto los deberes de Deméter como los de Afrodita y también, podríamos agregar, los de Atenea; pero, decir que Diógenes es un actor, no equivale a proclamarlo falaz: por el contrario, el Perro confía, podríamos decir, en el uso del cuerpo como texto, dónde la verdad se inscribe como discurso-praxis y, a la vez, como herramienta de demostración de sus postulados⁵. No debemos perder de vista que en los días de Diógenes aún no se ha perdido la sana costumbre del debate abierto, todavía la vida pública es pública; sin embargo, el mérito extravagante del cínico es, siempre, llevar al extremo la demostración y la enseñanza: se revuelca por las tórridas arenas en el verano y abraza las estatuas congeladas en invierno, todo para acostumbrarse a los rigores, corre dando vueltas alrededor del que niega el movimiento y se palpa la frente, cuando quieren demostrarle lógicamente que tiene cuernos. Por ello mismo, el límite del ejercicio ético, filosófico y, por qué no, político del cínico es el abismo de la mueca; la risa irónica y la cachetada al sentido común pueden volverse un rictus, otra máscara al servicio del orden imperante. De ahí, la importancia de no perder de vista la afirmación de Diógenes: quiere ser como el jefe del coro, exagera, tiene que gritar, diríamos, para que otros afinen. Pero aquí está nuevamente, desde otra perspectiva, el límite; el cínico Diógenes nunca abandona completamente la ciudad: sólo una cultura que ha cruzado el umbral de su máximo desarrollo, puede dar a luz su propia negación. La oposición Naturaleza-Cultura, deviene una ilusión, desde que la 'Naturaleza' cínica es otra construcción discursiva más; Diógenes, no abandona del todo, su 'posición de enunciante', su discurso está instalado en la trama de lo establecido social y políticamente; invierte los términos, los subvierte, pero jamás destruye la matriz de sentido griega⁶.

⁵ Cfr. M. Foucault, *Discurso y Verdad en la Antigua Grecia*, Paidós, Barcelona, 2004.

⁶ Cfr. F. Hartog, *Memoria de Ulises*, FCE, Bs. Aires, 1999, capítulos III y IV.

III El Perro y los filósofos, cuestión de lugares y derechos

Se impone una pausa lúdica, contemplemos una rutina de circo: “*A pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre un loco y un filósofo? B responde: no sé. Pues la camisa de fuerza, dice A. ¿Cómo es eso?!, inquiriere B. Lo que pasa, comienza A, es que el loquito lleva camisa de fuerza; ¿y el filósofo? Replica B. A ése no pudieron ponérsela todavía, termina A*”. Más allá del mal chiste, la cuestión es siempre más o menos así: es necesario saber desde dónde se habla, o lo que viene a ser casi lo mismo, saber quién tiene el poder; cuando se apagan las luces de la pista, la pregunta queda vibrando en el aire⁷. Debemos reconocer, que toda práctica intelectual que aspire a constituirse en una disciplina seria, necesita darse a sí misma un objeto de estudio delimitado y un método acorde con los logros que desea obtener de su indagación. Esto implica un trabajo, individual y/o colectivo, que se traduce en la constitución de un *corpus* de enunciados consistentes, tal que permita su exposición y discusión dentro de ciertos márgenes; en resumen, el resultado de este trabajo es una formación discursiva particular. Pero además, toda construcción discursiva se constituye en una praxis, en tanto es actividad interpretativa y modificadora de la realidad material y social; la filosofía es, en este sentido, un discurso más. Así también hay que reconocer en el desarrollo de las instituciones, los discursos y los saberes, una serie de rupturas y resistencias que jalonan el *continuum* histórico; la formación de los saberes está articulada en base a la diferencia o separación, más que teleológicamente; en consecuencia, la emergencia del discurso filosófico clásico marca un quiebre entre dos tiempos distintos. Existe pues, una discontinuidad que afectaría a la formación del espíritu griego; se trata, entonces, de posar una mirada disociadora sobre ese entramado, aparentemente, unitario y delimitado de la ciudad griega⁸.

⁷ Sobre la posición del enunciante en el entramado social y discursivo, siempre es bueno consultar a M. Foucault. Baste recordar, por ahora y a modo de ejemplo de la relación palabra-poder, esta conversación entre la Alicia de Carroll y Humpty Dumpty: “... *te advierto que, cuando yo empleo una palabra..., esa palabra significa exactamente lo que yo quiero que signifique. ¿Comprendes? –La cuestión es –dijo Alicia—si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas. –No, te equivocas... La cuestión es saber quién es el maestro aquí. Eso es todo*” (Through the Looking Glass).

⁸ Pensemos sobre todo en el Foucault de *La Arqueología del Saber* y *La Microfísica del Poder*. Para una breve, pero clarificadora, introducción a Foucault y la historia, se puede consultar J. A. Bonetti: *Michel Foucault, Pensador de la Historia*, Philosophica, 21, 1998.

Patricio Jeria S.: Fábula del perro que quería dirigir el coro

Tan importante como lo anterior, es reconocer que en toda sociedad conviven diversos discursos que actualizan prácticas sociales, científicas, políticas o religiosas. Tales discursos, o formaciones discursivas, se entremezclan y vehiculan, vía lenguaje, los significados que constituyen, en términos generales, un sistema social; así las formaciones discursivas y las prácticas discursivas conforman un fenómeno sémico y sociológico: la *logosfera*⁹, que da sentido y continuidad al cuerpo social. Ahora bien, ocurre con frecuencia que los discursos entren en conflicto y pretendan imponerse como discurso hegemónico, absorbiendo o rechazando a otros discursos, sobre todo a partir del reconocimiento de temas y elementos comunes entre ellos. Creo que el discurso filosófico en la Grecia Clásica pretendió alcanzar tal hegemonía; para ello, se enfrentó con discursos y prácticas provenientes, por ejemplo, de la religión o la sofística, buscaba con ello reemplazarlas en su función social, educativa, política e intelectual. Tal fenómeno marca una ruptura y una reformulación de las relaciones entre los discursos, señalando la emergencia del filósofo como agente de una praxis que remueve las bases de la sociedad griega y que, como tal, se enfrenta a otros agentes, o enunciadores si se quiere: el poeta, el sabio y el sofista, por ejemplo. Sin embargo, y no es tema menor, hay algo que suele soslayarse aún más: dentro de la propia filosofía hay conflictos, pugnas, vencidos y vencedores; después de que Platón definiera lo que es y no es filosofía, nada se movió mucho en los campos de Sophía. Aristóteles reformuló los postulados platónicos, que no le parecieron acordes con su propio sistema, y encauzó en un relato ‘histórico’ coherente toda la producción filosófica conocida hasta su época, de tal forma que su propia filosofía apareciera como culminación de un desarrollo natural. En este panorama, Diógenes, y los que podríamos llamar cínicos, suelen ser incluidos en el álbum familiar de la filosofía detrás de los abuelos y padres fundadores, como miembros de aquellas llamadas ‘escuelas socráticas menores’: diversos grupos de pensadores, más o menos díscolos, cuyas cabezas conductoras, discípulos personales de Sócrates, desarrollaron de manera particular los pensamientos del maestro, mezclándolos, a veces, con opiniones sofísticas. Eso cuando estamos de buenas, porque cuando no hay acuerdo, simplemente se opta por separar aguas y negarles manto y cátedra al Perro y sus amigos. En general, las opiniones de los expertos son diversas, pero varían desde considerar al cinismo una escuela filosófica en regla, hasta proponer a Diógenes como un excéntrico sin antecedentes ni consecuencias intelectuales de mayor importancia; entonces, como no queremos meternos en

⁹ Tomo este concepto de A. López Eire, *Mito y Lenguaje*, Synthesis, vol. 8, 2001.

problemas, vamos a considerar a Diógenes como un individuo particular, un sujeto único, que vale por sí mismo, porque siempre está dentro y fuera de este sistema de categorizaciones y membresías¹⁰.

Siempre uno puede preguntarse cómo es que se legitimaba el discurso filosófico en la antigüedad. En primer lugar, habría que decir que se parte del supuesto de que un hombre, digamos común y corriente, no es capaz de un conocimiento perfecto y acabado del mundo y de lo divino; por ejemplo, los poetas hablan ‘inspirados’ por las Musas, es decir los dioses hablan por medio de ellos. Ahora bien, el filósofo, aunque se declare ignorante de entrada, al menos sabe que no sabe y eso ya es un conocimiento; ¿cómo lo justifica? Apela o bien a una revelación superior, o a su propio espíritu elevado o, prudentemente, piensa que el saber cierto es imposible de alcanzar; en todos los casos, el respeto por los límites es fundamental, se reconoce la propia falibilidad, de ahí la diferencia entre sabio y filósofo. Esto en términos, digamos, metafísicos; con respecto a la ética hay más acuerdo en que el filósofo es poseedor de un saber propio y superior, con su diferencia cualitativa, respecto del saber común y corriente. El problema entonces, consiste en determinar cuánto del ideal ético es realizable y, sobre todo, si el propio filósofo lo pone en práctica cabalmente. Aristóteles, por ejemplo, pensaba que sus postulados eran racionales y prácticamente realizables, por lo tanto dignos de ser llevados a cabo. Para los estoicos, en cambio, el ‘Sabio’ es un ideal difícil de cumplir en vida humana¹¹; además, desde tiempo atrás, venían presentándose disyuntivas del tipo ‘¿si soy superior debo regirme por las leyes comunes y corrientes?’ o ‘Ya que soy superior, ¿no sería mejor que yo gobernara en la ciudad?’ El tema no es menor en el caso de Diógenes, si

¹⁰ En términos generales, son cuatro, las menos, las posturas frente al cinismo griego: 1) El cinismo es una tendencia homogénea, representada por Antístenes, Diógenes y Crates; 2) Diógenes es el fundador del cinismo práctico, producto de extremar los postulados de Antístenes; 3) Diógenes es un personaje pintoresco por sus escándalos, pero sin una doctrina clara y coherente; 4) Existe una diferencia de doctrina entre Diógenes y Antístenes, y no hay escuela cínica propiamente tal; Diógenes funda y agota el cinismo práctico y teórico. Como anécdota, que refleja la confusión en torno al cinismo antiguo, habría que recordar que M. O. Goulet-Caze contabilizó 80 cínicos históricamente comprobados, 14 anónimos, 10 cínicos inciertos, otros 13 que son personajes literarios, 31 cínicos que aparecen en un seudo epistolario perruno, 1 cínico por equivocación y, finalmente, otros 4 personajes llamados ‘perros’, pero que no son cínicos.

¹¹ Cfr. O. Gigon, *Problemas Fundamentales de la Filosofía Antigua*, Compañía General Fabril Editora, Bs. Aires 1962, especialmente los apartados titulados: ‘El retrato del Filósofo’ y ‘El Sabio’.

Patricio Jeria S.: Fábula del perro que quería dirigir el coro

bien es cierto que propone un trabajo de ascesis y sacrificio, es plausible que considerara que todos podemos y, más aún debemos, embarcarnos en la tarea de autoliberación perruna. Sin embargo todo topa con sus excentricidades, parece ser que siempre estaba poniendo a prueba a aquel que lo quisiera seguir, sometiéndolo a humillaciones y desafíos; su ironía, su humor negro y su grotesca conducta cotidiana eran una dura muralla de escalar, tal vez pensaba que solamente la perseverancia podría separar el trigo de la paja: se dice que cuando Antístenes, su maestro, estaba harto de que lo persiguiera, lo amenazó con un palo, Diógenes respondió que solamente lo dejaría en paz si se daba cuenta que sus enseñanzas no tenían importancia. Por ello, cada vez que alguien quería filosofar con él, Diógenes lo ponía a arrastrar pescados secos o quesos colgados del cuello; sólo si soportaba la vergüenza y tenía la paciencia para entender el juego, el postulante era digno de caminar junto al Perro. Nada más lejos de la imagen del maestro seductor, y un poco socarrón, que nos transmite Platón en el caso de Sócrates.

Se dice que Diógenes murió mordido por los perros que lo acompañaban a todos lados; o, tal vez, atorado con un pedazo de pulpo crudo, ya que no cocinaba sus comidas, porque el fuego era un signo de civilización y, por ende, de corrupción de la Naturaleza. Tal vez, Diógenes sea el anverso del retrato del filósofo, así como Sócrates tenía su demonio y el oráculo délfico lo consagró como el más sabio de los atenienses, también Diógenes recibió un cometido del dios Apolo; pero el Perro se equivocó e interpretó mal el sentido de la respuesta divina: se le recomendó ‘reacuñar la moneda’ y él entendió que debía ‘falsificarla’, como consecuencia debió huir como desterrado; literal como era en sus críticas del lenguaje filosófico no hay que extrañarse de esta interpretación¹². No obstante, gracias eso, llegó a Atenas y se enfiló en el camino del cuidado de sí mismo; así, el Perro se convirtió en el disidente interno de la *polis*, su no-lugar dentro del entramado social le permitió decir y hacer lo prohibido, como el bufón de Lear, pudo hablar la verdad y no pagar el precio de no ser adulator. Pese a todo, la voluntad de exotismo que posee al cínico también tiene un saldo positivo, desde el descentramiento del imaginario colectivo, social y político, el cinismo puede rescatar al individuo. El abandono de los valores socialmente establecidos da el arranque a la búsqueda de sí mismo, al cuidado de sí incluso; en esto el cínico se reconoce heredero de la tradición socrática e intérprete del imaginario griego, desde que se rescata la figura de Heracles: así como el

¹² Sobre el nominalismo en las anécdotas de Diógenes, cfr. M. Onfray, *Cinismos*, Paidós, Bs. Aires, 2004.

semidios acomete trabajos titánicos, así también el cínico lucha contra las opiniones erradas, las convenciones y las propias pasiones. Sólo el esfuerzo penoso y el ejercicio constante llevan al endurecimiento y la imperturbabilidad.

IV El Perro y la ideología

Si consideramos al mismo tiempo los finales de los dos capítulos anteriores, podríamos pensar que hay una contradicción o, al menos, un problema agudo: ¿Está el cínico Diógenes integrado en la trama discursiva de la *polis* o no? En otras palabras, y desde otro punto de vista: ¿No puede salir del club de los filósofos o no lo dejan entrar? La respuesta es simple, pero difícil de formular: Diógenes es la representación de la imposibilidad de su sociedad, es decir, su valor como personaje dentro de esta historia es su fracaso; su muerte ruin bajo los dientes de ‘sus’ compañeros o su muerte asfixiado por la perseverancia en seguir sus postulados, para el caso da lo mismo, es su triunfo sobre la ideología de su época. Con esto quiero decir, que el valor de la historia de Diógenes para la actualidad, más allá de lo propiamente ético y de su mayor o menor veracidad, está en su utópico postular una sociedad natural imposible, es decir, no ideológica. Pero partamos por el principio, toda identidad, incluida la personal, es una construcción; una representación gruesa de la identidad cultural griega nos da un cuadro donde tienen particular relevancia la agricultura, la cocción de los alimentos, la monogamia, los sacrificios a los dioses y, sobre todo, la vida en ciudades, elementos todos ligados entre sí en una trama compleja. El producto más refinado de esta construcción es la noción de *ciudadano*, el átomo fundante de la sociedad; la comunidad de ciudadanos constituye la *polis* y se autogobierna, en base a leyes generadas por ella misma. La sociedad, es decir la *polis*, al menos en la opinión general, es una entidad ‘según naturaleza’, es el resultado de un desarrollo que pasa de la potencia al acto, cualquier desviación sería producto de un accidente o de la negligencia de los ciudadanos; por lo tanto no se la cuestiona en su legitimidad. Entre las metáforas políticas caras a los griegos se encuentra la idea de la ‘República justa’ modelada de acuerdo a la organización de las partes del alma, o sea, como entidad casi orgánica donde cada elemento cumple una función específica y previamente determinada. Aquí no hay fractura ni fisura posible, salvo un incorrecto acomodo de las piezas; así, el conflicto viene a ser muestra de una mala organización y, por tanto, subsanable.

Patricio Jeria S.: Fábula del perro que quería dirigir el coro

Pero después del marxismo, las cosas ya no pueden ser así, ‘naturales’; ante todo, y a partir del propio Marx, se ha planteado que existe una distorsión, o ilusión, que enmascara estado real de las relaciones sociales, y a ésta misma se la llama Ideología. La perspectiva actual para abordar el tema replantea los conceptos de ilusión, distorsión o error, asociados al término; se ha propuesto que la ‘realidad’ social es, siempre, una construcción de la fantasía o, lo que es lo mismo, una forma de creencia. En la medida en que actuamos ‘como si’ las cosas funcionaran de una determinada manera, así efectivamente funcionan, la creencia se materializa en una serie de prácticas sociales y en conductas efectivas; sin embargo, no debemos caer en el ‘realismo ingenuo’, la ideología no es nunca un simple engaño. No basta con mostrar que el sujeto objetiva sus creencias y, posteriormente, acceder a la realidad misma: la ideología es parte de nuestra actividad de simbolización, que es el único modo que tenemos de abordar la realidad. Es fundamental, entonces, entender que la ideología funciona en la medida que la ‘imposibilidad’ de lo que plantea se disimula: es decir, la ideología oculta el núcleo traumático, no simbolizable, y germinal de la sociedad: el antagonismo. Sin la ideología, la estructura de la sociedad se derrumbaría, no ‘existiría’, pues el conflicto interno sería insoportable; por ello, la fantasía ideológica por excelencia es la ‘sociedad orgánica’, no dividida por una ruptura interna. Ahora bien, cometeríamos un error si quisiéramos identificar este antagonismo con un conflicto histórico determinado; el antagonismo hay que entenderlo como la imposibilidad de la identidad social; es el vacío, la interrogante sin respuesta que, en su pura negatividad, aparece como respuesta paradójica a sí misma: el conflicto, lejos de entorpecer el funcionamiento social, es la esencia misma de la sociedad. Con esto se quiere decir que la sociedad no es una estructura cerrada, más bien semeja un cuerpo suturado; la sutura denota separación, una rotura que no puede ser borrada. El cuerpo político está lleno de cicatrices que dan cuenta de los traumas que lo han sacudido y que, vanamente, han intentado borrarse; los diversos elementos, significados, creencias, prácticas e ideas que conforman la sociedad no pueden ser fijados en un sentido absoluto que elimine las diferencias; es más, la diferencia sería la que posibilita el juego infinito del significado social y lingüístico. La práctica hegemónica, ideológicamente impuesta, pretende construir núcleos de significado que detengan el fluir de la diferencia, pero toda articulación ideológica es parcial, pues se basa en significantes privilegiados, aun cuando la articulación se produzca, queda siempre un intersticio por el cual se filtra el antagonismo: la fisura esencial que la sutura hegemónica pretende negar. La crítica de la ideología consistiría, entonces, en

señalar las marcas que denuncian como fantasía la auto evidencia de la identidad social.

Y aquí es donde entra el Perro; Diógenes con su praxis cínica denuncia constantemente la legitimidad espuria de la *polis*, su estatuto de convención queda evidenciado en la exigencia de buscar una fuente verdadera de sentido. Reacuñar la moneda, además, ¿no equivale a crear, falsificar, otra moneda tan convencional como la anterior? El lenguaje es un acuerdo, es una fuente común de significados, es la base de la identidad; pero también es arma de ataque, de confusión y de seducción: cuando Diógenes juega con el lenguaje, por ejemplo, lo extrema en su literalidad, si el hombre es ‘un bípedo implume’, ¿entonces qué nos diferencia de un pollo pelado? La *parresía*, ese decirlo todo, la libertad de proclamar lo que se piensa y se siente, se apoya en creencia de que no hay distancia entre pensamiento, palabra y acción; pero sabemos que el propio Diógenes era conciente de que no hay verdad sin distorsión, por eso el símil del director del coro: si el lenguaje fuera transparente, la verdad y belleza se verían ante los ojos inscritas en los cuerpos; más he aquí que debemos gritar más alto, para ser mejor comprendidos y ser más animales que los animales para evidenciar cuánto de humanidad pura hemos perdido. El Perro utopista inventa su ciudad propia, sin matrimonio, sin propiedad privada, ni lujos; más he aquí que se muere por no poder tragar carne cruda, negando la técnica y la civilización cree ser más libre y natural, pero lo atacan los canes con los que quiere repartir la comida. Paradojas del Perro, Diógenes se adentró en la ciudad para clamar a los cuatro vientos que se debía escapar de la civilización, nunca se fue a vivir al campo entre los brutos, más bien era un nómada interurbano; hombre bestia, semidesnudo se paseaba por el ágora de Atenas, encarando violenta y groseramente a sus conciudadanos: donde la palabra trae conciliación, autogobierno y consenso, Diógenes instaura la *Eris* vociferante. En una sociedad que ama la belleza física y el lujo, Diógenes pone en el escenario un cuerpo feo y lacerado por el ejercicio de la indiferencia; cada vez que el perro no encaja en un molde cotidiano, es la sociedad entera la que rechina sobre su eje oxidado. Clown de performance grotesca, el Perro mordaz, despliega la risa como ventana indiscreta para asomarse bajo los ropajes de la sociedad, con su sonrisa erizada de dientes va rasgando el velo de la armonía, denunciando que no es posible la paz en el engaño.

Patricio Jeria S.: Fábula del perro que quería dirigir el coro

V Moraleja

Parece que Diógenes se murió varias veces, en alguna de aquellas ocasiones dicen que dijo: '*entiérrenme boca abajo, porque pronto va a volverse todo al revés*'; obviamente se equivocó, la *polis* cayó bajo su propio peso y nunca nadie inauguró la república canina y cosmopolita, esa no-ciudad donde no hay más ley que la no-ley natural, o mejor dicho, la única ley verdadera que es el orden del universo. Con el correr de los siglos, una y otra vez, siempre hubo ciudadanos que corrieron a los bosques y las montañas para escapar de la influencia corruptora de la civilización y, hasta los conquistadores de América, se preguntaron si no eran más humanos aquellos salvajes semidesnudos que los fijodalgos de la metrópolis refinada; pero, así y todo, las ciudades siguieron creciendo y la tecnología desarrollándose. Hasta no más ayer, todavía en el siglo XX, las comunidades de hippies y los punks anarcos renegaron de la civilización y de la cultura, pero seguimos creciendo y ya casi no quedan espacios de naturaleza prístina. Quizás, el triunfo del Perro tenga otro signo: esa capacidad no agotada de quebrar lo escaparatado luminoso a fuerza de carcajear y gritar, y ese aparecer como la gran interrogante que plantea la posibilidad fracasada. El actual abandono, o mejor dicho, la modificación del viejo sentido del 'engaño' implícito en la ideología, muestra que ésta no encubre un contenido positivo; más bien, descubrimos que concebir ese sentido positivo como posible es, precisamente, parte del engaño ideológico mismo. Esta postura crítica podría caracterizarse como un posmarxismo con toques nihilistas (si se me permitan tales términos), sobre todo, ya que el énfasis recae en conceptos como *antagonismo, diferencia, ruptura, falta y vacío*, entre otros¹³. También Diógenes, a su modo, denuncia el vacío y el antagonismo social, político, moral y, también, lingüístico. Por otro lado, la reincorporación en el seno de la comunidad de lo lúdico, lo erótico, lo no normalizado y del desorden creativo, pueden ser rastros más alegres del corretear perruno; de todas formas, la pregunta sigue en pie: ¿y si este no es el mejor mundo posible?

¹³ Sobre el tema, en sus variadas formulaciones y perspectivas, cfr. S. Zizek (comp.), *Ideología Un Mapa de la Cuestión*, FCE, Bs. Aires, 2004.